

AGUALONGO

Ova dramática en seis capítulos

Por Marlon Eraso Ortiz

PERSONAJES

Agustín Agualongo

Simón Bolívar

Padre Jesuita

José María Obando

Juan Sámano

Madre

Hombres 1 y 2

Algunos soldados Realistas

Algunos soldados Patriotas

(Cuando la luz se enciende se observa un calabozo. Agustín Agualongo, el mestizo, está sentado en una silla, con las palmas de las manos hacia el cielo en actitud de oración.)

Agustín – Si esta es tu voluntad, que así sea Señor. Estoy listo a entregarte mi alma, así como te he entregado cada uno de los días de mi vida. No hay arrepentimiento en mi ánimo ni angustia en mis palabras. Me encuentro en tu gracia y en ella me regocijo. Estoy listo para contarte mis pecados *(Lo interrumpe una voz que viene desde la oscuridad)*

Basta de oraciones Agualongo. No hay nada más que puedas decirle a tu dios, evidentemente no te está oyendo. Si me preguntas a mí...

... no creo que alguna vez lo haya hecho. De todas formas te reunirás con él en poco más de una hora. Y podrás preguntarle directamente por qué mientras tú te rompías el pellejo en su nombre, él nunca estuvo ahí para ti. Mírate. Un perdedor. Un prisionero. Tus enemigos han triunfado, te borrarán de la historia. Dirán que fuiste un salvaje, un ladrón, un enemigo de la libertad...sólo te quedan tus recuerdos, aférrate a ellos mientras puedas.

CAPITULO I

1795

(Aparece al otro lado del escenario un muchacho de unos quince años en la misma postura y en la misma actitud que el prisionero. Es él mismo.)

-¡Agustín!

Es tu madre la que grita.

-¡Agustín!

Tú no la oyes porque estás rezando, o llorando. Es lo mismo.

Madre -¿Qué es lo que te pasa guagua? ¿No me quieres hacer caso?

En sus ojos observas la rabia. Ya la habías visto enojada, pero nunca tanto como hoy. Aprende. Esa rabia te servirá cuando seas grande para enfrentarte a tus adversarios. Ellos te van a querer matar, tú vas a querer matarlos.

Madre -¡Verás que después de esto me vas a hacer caso guagua desobediente!

Sientes el baldado de agua en la espalda. Está muy fría. Es agua de río. Tú mismo la trajiste esta mañana. Quieres defenderte, salir corriendo, gritar lo que sea. Pero no eres capaz de decir ninguna palabra. Te aguantas y sigues rezando mientras tiritas con el mismo frío que sintieron tus antepasados Quillasingas, Pastos, Incas. Indios como tú, mestizos como tú, nacidos para el trabajo, la obediencia y el sacrificio.

-¡Achichay!-

Repites en tu mente. No quieres levantarte. Te estás formando un carácter. No conoces aún tu destino. El honor por el que vas a morir. Traidor por mantenerte fiel. Por ahora solo entiendes un concepto: Dios.

(Entra un hombre vestido de sacerdote y lee una hoja de papel)

Sacerdote – *En veintiocho de agosto de mil setesientos y ochenta. Bauticé puse óleo y crisma a Agustín de edad de tres días legítimo de Manuel Criollo Indio y Gregoria Sisneros montañesa. Fue madrina Catalina Pérez, a quien advertí el parentesco q' contrajo y obligación de educarlo en la doctrina, de que doy fe. (fdo) Miguel Ribera. (Rubricado).*

Te levantas. Caminas descalzo, mojado, levantas la mirada y emprendes la marcha. Encuentras tu juguete favorito: una espada de madera, la talló tu padre. La recoges y empiezas a batallar con ejércitos imaginarios, contra enemigos poderosos que retan tus creencias, tu fe. Vas a ser diestro con la espada, vas a ser un buen soldado, un héroe, vas a ser un asesino.

Agustín - ¡Buenos días padrecito! *(Se agacha reverencialmente ante una figura que aparece de pronto. Vestida de negro, como si estuviera en un permanente luto)*

¿Lo reconoces? Es un sacerdote jesuita que cumple con el ministerio de ayudar a los pobres y a los enfermos. Lo habías observado desde lejos. Dicen que lo castigaron y lo mandaron a este pueblo alejado del mundo porque sus creencias mezcladas son incómodas para sus superiores. Incluso hay quien dice que está loco porque todas las mañanas se queda quieto por varias horas en una posición extraña, como si estuviera abrazando a un árbol.

(El sacerdote mira sorprendido al muchacho. No es común que un niño se atreva a saludarlo)

Padre – Buenos días hijo. *(Lo observa de arriba abajo). ¿Cómo te llamas?*

Agustín – Agustín, padre. Agustín Agualongo.

Padre – Es un nombre muy sonoro. Supongo que lo llevas por San Agustín, bendecido por Dios. Y según veo, te gustan las espadas. ¿No crees que estás muy joven para pensar en guerras y peleas?

Agustín – Me estoy preparando para luchar contra los enemigos de Dios y de mi rey.

Padre – Eso está muy bien Agustín, pero sólo los verdaderos hombres de fe son llamados para defender la religión. Sólo los hombres que están dispuestos a sacrificarlo todo pueden llegar a ser mártires. ¿Es eso lo que quieres ser muchacho? ¿Un mártir? (*Muy despacio, camina alrededor del joven. No le quita los ojos de encima.*) El manejo de la espada es un arte muy difícil.

Lo sabe porque vivió varios años en el lejano oriente como misionero.

Y muy pocos logran el virtuosismo necesario para sobrevivir. (*Saca una espada de madera muy larga de debajo de su sotana.*)

Estás paralizado Agustín.

Dime una cosa muchacho, ¿le tienes miedo a la muerte?

Agustín – Quien ama a Cristo no debe tener miedo de encontrarse con él, padre.

Padre – Son fuertes tus palabras para ser un muchacho tan joven. Si de verdad quieres aprender a manejarte con la espada y llegar a ser un verdadero hombre, yo puedo enseñarte. Pero te advierto que no va a ser agradable. (*Se acerca y pone su rostro casi frente al de Agustín. Susurra.*) ¿Crees que eres capaz Agustín? ¿Crees poder defender tu religión de sus enemigos?

Tu respiración es fuerte y rápida. Aprietas la espada de madera que tienes en la mano y que hasta hace unos momentos era un simple juguete. Quieres llorar, correr, suplicar. Tiembles. Olvidaste el frío. Tienes muchos pensamientos en la cabeza. No entiendes lo que está pasando. Sin embargo, levantas la mirada y junto a ella tu mano cerrada alrededor de tu espada de juguete.

Agustín – Confío en Dios. A él le entrego mi mano y mi vida. *(Hay unos segundos de silencio. No se oye nada más que el viento que atraviesa la cabellera desordenada de Agualongo y que levanta las puntas de la sotana de su adversario.)*

Padre – Entonces muchacho, veamos si hoy está contigo... o conmigo.

Comienza tu primera batalla. El miedo se transforma en fuerza. Atacas y te defiendes como un perro rabioso que se sabe en desventaja. Gritas. Por unos segundos te transformas en un guerrero y por primera vez en tu vida sientes que tu dios está a tu lado. Es él quien guía tus movimientos. Sin embargo todavía eres un aprendiz y tu adversario lanza un certero golpe que te hace soltar la espada.

Padre – Recógela. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no te des por vencido antes de tiempo?

Agustín – Me ha derrotado padre. No merezco levantarme contra usted. No soy digno de ser su alumno.

Padre – No tienes que ser tan duro contigo mismo. Sólo quería probarte. *(Se sienta junto a él. Guarda su espada de madera. De la alforja que lleva saca un pedazo de pan y lo comparte)* Lo hiciste bastante bien. ¿Cuánto llevamos entrenando?

Agustín – Como tres años padre.

Padre – Estoy muy satisfecho con tu progreso. Te has convertido en un buen discípulo y quiero recompensarte por tu esfuerzo. *(Se levanta y empuña la espada de madera que llevaba al cinto. La saca con movimientos suaves que muestran un gran respeto, la mira y después de unos segundos de contemplación se la ofrece).* Este bokken me ha acompañado por mucho tiempo, es un regalo de un gran artesano japonés y ahora quiero que lo tengas tú.

Decir que no sería una falta de respeto.

(Agualongo se levanta sin pensarlo demasiado. Con una actitud de humildad agacha la cabeza en un movimiento rápido y agradece desde el fondo de su alma el regalo que cree no merecer.)

Agustín - Gracias Maestro, es un honor.

Padre – Es un honor que tiene una gran responsabilidad Agustín. Si quieres alcanzar la perfección debes entrenar todos los días. El arte supremo consiste en no perder nunca la sangre fría. Guardar una calma interior absoluta. Lo primero que debes aprender al sostener la espada es controlar la tensión de tu cuerpo, pensar menos y relajarte. Tienes las habilidades básicas, pero tus ojos se quedan atrás.

Vuélvete impredecible...

...golpea desde tu mente subconsciente, deja que tus movimientos fluyan desde tu esencia individual. Este es el secreto del buen guerrero de Dios.

Agustín – Estaré calmado y seguiré la corriente como lo hace el río, maestro. Pero, ¿usted cree que algún día pueda convertirme en un guerrero como los que usted conoció en el lejano oriente? ¿Me convertiré en un valiente soldado?

Padre – La diferencia entre un soldado y un verdadero guerrero está en las tres cualidades que deben acompañar al hombre entregado a las armas: Lealtad, recta conducta y valor. Ahora bien, es fácil reconocer al guerrero leal y al guerrero justiciero por su conducta cotidiana, pero quien nace valiente será leal y filial a su señor, a sus padres y a su dios. Y así, obediente siempre, preserva su vida en la esperanza de hacer algún día una obra de mérito sobresaliente, pendiente siempre del momento justo para actuar y defender sus creencias incluso a costa de su vida. Así puede distinguirse al valiente del pusilánime, incluso cuando están sentados en las esterillas de la casa.

Nunca habías oído a nadie hablar así y no encontrarás otra persona como él en el resto de tu vida. En su voz se refleja la calma y la sabiduría de un verdadero maestro. Recordarás sus palabras, una por una, hasta el día de tu muerte. (Cambia el tono de la voz, se dirige al prisionero) Supongo que nunca esa frase había tenido tanto sentido como hoy.

Agustín – Entonces está decidido, no voy a ser simplemente un soldado, seguiré la vía del guerrero que usted me ha mostrado. Seré leal, recto y valiente. Algún día el rey estará orgulloso de mí. Sabrá mi nombre que será para él lo mismo que decir honor, padre. Se lo juro. Nunca traicionaré lo que soy. Se lo juro aquí mismo y que mi dios sea testigo de lo que voy a decir, mi vida está al servicio del rey y de él.

Padre – El único camino, es el camino del cielo y de la tierra: el deber del hombre es seguirlo; por consiguiente imponte como objeto de tu vida adorar al cielo: el cielo te ama a ti con el mismo amor que a los demás: por consiguiente tú debes amar a los demás con el mismo amor que a ti mismo. No te asocies con el hombre sino con el cielo, y asociándote con él obra lo mejor que puedas. No condenes a los demás; mira más bien si tú no faltas a tus deberes.

Agustín – Eso haré maestro.

(Aparece de nuevo el prisionero y su calabozo. Ya no reza.)

Una hora después te das cuenta de que vas caminando de regreso a tu casa. Es como si despertaras de un sueño. El sendero que recorres todos los días desde la morada donde vive el jesuita hasta tu casa en el centro del pueblo llamado San Juan de los Pastos te permite ver en toda su imponentia el volcán que domina la región. El Galeras siempre te ha infundido respeto, sientes su mirada, su protección, es como si tu pueblo estuviera resguardado de sus enemigos por un gigante que Dios puso ahí. Te enseñaron que si Dios quiso que se construyera a Pasto en las faldas de un volcán debe ser porque es una especie de pueblo bendecido por su mano. Pero pronto la sonrisa que llevas en tu rostro se va transformando en una mueca de angustia por el cuadro que se va revelando frente a tus ojos cuanto más te acercas al hogar de tu madre. Aprietas con fuerza el bokken que te entregó tu maestro en un reflejo instintivo porque sientes que el peligro se aproxima. Tu madre está llorando en la puerta del rancho Agustín. Sabes que algo malo ha pasado. A partir de este momento no eres mas un niño, ya nada será un juego.

CAPITULO II

PECADO

(Cambio de escena. El sacerdote y el muchacho discuten en la puerta de la que parece ser la casa del jesuita en el medio de un bosque ligero. El muchacho empuña una espada real. Camina en círculos como un animal enjaulado)

Padre – Lo que me pides es imposible Agustín. No puedo hacerlo. Hice un juramento, soy un hombre de Dios. Las leyes de mi iglesia me impiden hacerle daño a otro ser humano, no importa lo que éste haya hecho.

Agustín – Pero son los asesinos de mi taita, padre. Nadie puede hacer nada; nadie quiere hacer nada. Usted es el único que me puede ayudar. Padrecito, maestro, se lo ruego hágame ese favorcito. No puedo quedarme así no más.

Padre – Entiendo tus deseos, tu angustia y tu desesperación, pero el hacer justicia por ti mismo no es la solución. Debes ser responsable por las consecuencias de tus actos. El cometer un crimen va en contra de todo lo que te he enseñado y tu alma no volverá a ser la misma después de él.

Agustín – ¿Un crimen? ¿Y lo que hicieron esos dos con mi taita no es un crimen? Padre, lo acuchillaron entre los dos, le cortaron la garganta como si fuera un cerdo y se quedaron a verlo morir. Se reían padre, se reían cuando los fueron a buscar para que respondieran. Que estaba borracho dicen ellos. Que mi padre los atacó primero y que ellos solo se defendieron. Eso es lo que más me enfurece, que quieran dañar el nombre de mi taita. Él era un hombre bueno y ahora está muerto y los que lo mataron caminan tranquilos. ¿Dónde está Dios en todo esto?

Padre – Ten cuidado con la blasfemia, porque cada palabra que pronuncias desafiando a Dios es un ladrillo que quitas del muro de tu fe. No confundas la defensa del honor con la venganza. Y no confundas la justicia con el derramamiento de más sangre. Si dejas que esos demonios

entren a tu vida, nunca te abandonarán. Tendrás que bajar la mirada ante Dios cuando hables con él porque el perdón no será posible. Jamás volverás a ser el mismo.

Los dos se quedan en silencio. Sus palabras te han llevado casi a las lágrimas. Solo puedes ver el volcán que vigila todo el valle de Atriz y ese nudo que se te forma en la garganta y que no te deja respirar Agustín, se llama impotencia. En el fondo sabes que ya no necesitas al jesuita, que debes empezar a construir tu propio camino, tu propio destino. Es hora de que te conviertas en hombre. El sacerdote también lo sabe y eso lo aterroriza.

Agustín – No me importa. No soportaría mi vida sabiendo que dejé a dos bandidos vivir cuando mi deber de hijo era defender a mi padre. Le juré a mi madre que le haría justicia a mi taita. Esta es mi vida y ésta es mi decisión.

Padre - Si éste es tu destino, que así sea. Pero recuerda que si vas a blandir una espada, debes estar preparado para ser cortado por una también.

(Se levanta y sin ningún aviso ataca el muchacho con la espada escondida debajo de su sotana)

Tu primer corte. Una cicatriz que estará contigo el resto de la vida, como un recuerdo imborrable de ese día. Es un golpe que no esperabas, el sacerdote es rápido para su edad. Tus instintos responden y das un salto hacia atrás.

Padre – Aquí estamos, solos. Dos hombres a punto de decidir su destino. Pero después de este día nada será igual. Tienes una decisión que tomar. Te has convertido en un excelente guerrero, hábil con la espada, grácil en la equitación, culto, leal, respetuoso y honorable; pero el odio se ha apoderado de tu razón, se alimenta de la sangre como una sanguijuela que se ha introducido debajo de tu piel. Es el momento en el que debes decidir qué camino tomar, la senda del guerrero o la ruta del asesino. Si escoges la primera, vivirás una vida de honra y

realización. En cambio si escoges enfrentarte a mí y dejarte llevar por tu sed de venganza, la vergüenza que te acompañará desde ese momento no te permitirá ser un caudillo de la fe; no podrás empuñar una espada de nuevo y jamás me volverás a ver. Te daré la espalda al igual que lo hará el honor y el código que has jurado defender.

Agustín – Entonces solo tendré a Dios. Y con él me basta.

Eso es Agustín, abalázate contra él. Demuéstrale que ya no eres un niño y que mereces su respeto. Entrégate al combate. Es destino de todo discípulo medirse con su maestro. Y superarlo.

(Después de un fiero combate Agualongo le quita la espada de la mano con un certero golpe.)

Está a tu merced. A través del filo de tu acero sientes el palpitar de la yugular de tu mentor. (Al prisionero) ¿Recuerdas esa sensación?

Agustín – Esto es lo que tengo que hacer. Lo siento. Espero que algún día me perdone. *(Agacha la cabeza y empieza a alejarse.)*

Esa fue la última vez que lo miraste a los ojos. Todavía con la sangre fresca del combate corriendo por el rostro empiezas a buscar a los asesinos de tu padre. Si sigues ese sendero no demorarás en encontrarlos. Ahí están, obsérvalos, (una luz nos muestra a dos hombres bebiendo en una mesa) sentados bebiendo chicha. Pero no los ataques todavía, hay que esperar el momento preciso: cuando caminen hasta su casa. Deben saber de manos de quien encontraron la muerte.

(Un camino)

Hombre 1 – Oye tú indio, ¿por qué nos estás siguiendo?

Hombre 2 - ¿Quieres algo de nosotros largo?

Hombre 1 – Maldito niño. *(Se detiene y saca un enorme cuchillo del cinto)* Voy a cortarte la boca de lado a lado para ver si tienes lengua. Voy a partirte la cabeza y voy a vaciarte la panza para ver si encuentro un alma tan amarilla y sucia como tu cara.

Agustín – Manuel Agualongo. Así se llamaba mi padre. Ustedes me lo quitaron y hoy van a perder sus vidas por eso.

(Los dos hombres ríen. Pero para el muchacho sus risas son lejanas.)

Concéntrate en el momento, aprieta la espada que está todavía en su vaina. Espera con paciencia, cuando el primero de ellos esté a un metro de distancia, de un solo tajo y con un solo movimiento de tu brazo le cortas el cuello. Tal como te lo enseñó el jesuita.

(El muchacho le propina un golpe limpio.)

Ya no reirá más, de eso podemos estar seguros.

(El segundo hombre se queda paralizado, con los ojos desorbitados.)

No te afanes Agustín. Acércate despacio hacia él, saborea el momento, te lo has ganado.

Agustín – *(El prisionero grita)* ¿Qué podía hacer yo? Era mi padre y ellos me lo quitaron. Era un buen hombre y lo que esas ratas le hicieron a él hizo que me convirtiera en lo que hoy soy: el hombre que Dios ha enviado, el filo de su odio, el que limpia el llanto de sus ojos, el que su mano eligió para defenderlo en el mundo. *(Al hombre que tiembla en el suelo)* Recuerda mi nombre: Agustín Agualongo y también recuerda mi rostro, porque yo nunca olvidaré el tuyo.

Con que paciencia hundiste el acero en su pecho. Hasta que sentiste su última exhalación no aflojaste la mano. Tu padre puede descansar en paz.

Y ahora que la calma ha vuelto a tu alma y recuerdas el deshonor al que has expuesto al hombre que te lo enseñó todo ¿Qué le vas a decir al cura que confió en ti y al cual desobedeciste? ¿Vas a decirle que eres capaz de pasar por encima de todo para conseguir lo que quieres? ¿Qué vas a decirle? Sabes que no será suficiente con agachar la cabeza y lamentarte por lo que has hecho.

(El muchacho sale corriendo hacia la casa del sacerdote. Al llegar a la puerta se detiene súbitamente)

¿Por qué te detienes en la puerta de su casa? ¿Qué es lo que ves Agustín?

Agustín – *(El prisionero)* Al mejor hombre que he conocido en mi vida. El jesuita está arrodillado, con la frente sobre el suelo, cercado por un charco de sangre. Sus manos rodean una espada que parece perderse entre su vientre. No hay un solo ruido. Encima de la mesa encuentro una carta dirigida a mí. La leo. No la comparto con nadie. Ni siquiera en el día de mi muerte lo haré. Después, con mucho cuidado y respeto acomodo el cadáver, lo acuesto en el suelo, retiro la espada que profanó su cuerpo y con la cual recobró el honor. Solo yo lo entiendo. Lo cubro y salgo de esa casa. Diez minutos después el fuego la consume. Yo ya no estoy ahí.

(Apagón)

CAPITULO III

GUERRA A MUERTE

(En la prisión de Popayán)

Agustín – Después de lo que sucedió esa noche juré no volver a tomar las armas contra nadie. Me dediqué a pintar al óleo. Abrí mi taller en el camellón de San Andrés y por muchos años conviví con la paz. Sin embargo, cuando los tambores de guerra empezaron a llamar, en todas mis oraciones sentía el llamado de Dios. Algunas veces me inflamaba de fiebre con sus palabras. Me decía que era mi deber enfrentar a sus enemigos, que él me acompañaría en todo el camino y que la causa realista era la suya y como tal yo tendría que defenderla...

(Agualongo está trabajando en su taller de pintura)

José María Obando – Acampan en el alto de la caldera...

Se dirigen hacia Pasto...

...somos su siguiente objetivo. Siempre han querido destruirnos, pero esta vez son más y tienen apoyo del gobierno republicano.

Agustín – Creí que después de haber acabado con los patriotas de Quito, con Macaulay y Caicedo iban a dejarnos en paz. ¿A quién enviaron ahora?

Obando – Se llama Antonio Nariño, un congresista santafereño que ya derrotó a Sámano en el alto Palacé. El cabildo de la ciudad le envió una carta en la que le pedía que se devolviera para su tierra, pero su respuesta fue una amenaza muy clara: si le hacemos un sólo tiro, destruirá a Pasto hasta sus fundamentos. Sé que eres un hombre de paz Agustín, pero también sé que eres muy hábil con la espada y tienes un don de gentes. Necesitamos líderes, buenos soldados. ¿Contamos contigo?

Todo se te vino a la cabeza en esos momentos. Sabes que si sueltas los pinceles y abandonas tu vida de civil, nunca jamás los volverás a usar. Tus manos sólo conocerán el color de la sangre...

... Pero pronto las dudas se convirtieron en certidumbres. Dios te había hablado mucho de ese momento en el que tu destino te encontraría. Sentiste que ese era el llamado que te había prometido.

Agustín – Si quieren mi ayuda se las daré, pero con una condición. Lideraré un grupo de soldados pastusos y nosotros guiaremos a los demás. No dudarán de mis palabras ni de mis órdenes. *(Obando asiente con la cabeza)* Si queremos defendernos de su ejército mejor entrenado y mejor dotado que el nuestro, tenemos que usar tácticas diferentes, debemos ser astutos y siempre utilizar las circunstancias a nuestro favor. Hay que llevarlos al río Juanambú, a los sitios escarpados donde podamos dispararles sin que puedan defenderse. Cuando huyan a la parte baja dejamos rodar grandes lajas y cuando se rompan esas piedras, sentirán los guijarros como metralla sobre sus cabezas. Se arrepentirán de habernos atacado.

(Se vuelve a oír la voz y de nuevo aparece Agualongo prisionero)

Te enfrentaste con la historia Agustín. Y ganaste. Después de tres días de intensos combates en el Ejido y en el calvario de Pasto, el 10 de mayo de 1814 tus soldados hacen prisionero al precursor de la independencia y lo llevan al ayuntamiento de la ciudad. La historia nos dirá que fue orgulloso y arrogante con el pueblo pastuso. Sin embargo, su comportamiento es el de todo detenido de guerra: callado, pálido y con la espalda doblada por la culpa de la batalla perdida. Pero no te vanaglories mucho de este triunfo, mestizo. Esta es tan sólo una de las muchas batallas que vas a enfrentar.

Agustín – Durante varios años defendimos nuestra región y debido a que nuestra lucha era santa logramos varias victorias. Nada significativo, pero lo suficientemente importantes como para que las tropas sintieran que estábamos haciendo lo correcto. Después, la gracia de Dios y la corona española nos enviaron una señal de que no estábamos solos. Justo cuando yo empezaba a preguntarme si a alguien le importaba lo que estábamos haciendo.

(Vemos a un hombre detrás de un escritorio. Viste uniforme del ejército español.)

Juan Sámano – Sus meritos militares, teniente Agualongo, hablan por usted, lo han puesto de relieve como hombre superior. Don Pablo Morillo, enviado por su majestad para pacificar esta región necesita de sus servicios. Debemos componer unas tropas para marchar al norte y limpiar a Popayán de los enemigos de España y de la religión católica. Usted comandará el batallón Pasto y cómo sé de su inmenso valor, serán sus hombres quienes vayan a la vanguardia de nuestro ejército. Ni siquiera tengo que mencionarle el honor que esto conlleva para usted.

Agustín – ¿Cree usted que Su Majestad Fernando VII sabe que en estos territorios alejados de todo, estamos defendiendo la muy grande nación española?

Juan Sámano – No solo eso Agualongo, él sabe su nombre y sigue con gran interés todos los informes que le llegan sobre sus hazañas.

En el fondo sabias que era mentira y sin embargo saliste con más de tres mil hombres de tu ciudad para enfrentarte con los batallones Cundinamarca, Neiva y Albión en la región del Patía. Convencido como estabas de tu causa y el valor de tus hombres te sorprendió el comportamiento de los aliados españoles que no tenían demasiado interés en reconquistar tu patria. Saliste confiado de la victoria...

... Regresaste derrotado y maltrecho.

(Vemos a Agualongo y a Obando con los uniformes rotos en el taller del primero).

Agustín – *(Caminando de un lado al otro como un animal enjaulado)* No hay derecho a que los oficiales españoles se achiquen ante los enemigos y pongan pies en polvorosa ante el primer fracaso. Su conducta es pusilánime, propia de follones y desleales.

Obando – Es cierto amigo, son militares mediocres. Están más pendientes del botín que pueden encontrar que de tácticas de guerra. La sangre que se ha derramado por su ineptitud es imperdonable. Si ellos son nuestros aliados, que Dios nos ampare, las fuerzas del rey no triunfarán de nuevo en estas tierras.

Agustín – Anoche tuve un sueño en el que Dios me reveló lo que debo hacer. Está en nuestras manos arrebatarnos estos territorios a los rebeldes. Benito Boves está organizando un ejército para viajar al sur. Dios quiere que me una a las milicias de que se dirigen a Cuenca. Necesito quitarme este sabor de derrota que me amarga la boca.

Obando – ¿Boves? Dicen que se escapó de la prisión de Quito. Desde que llegó a la ciudad ha querido imponer la autoridad del rey exigiendo contribuciones exageradas y forzosas. No es un buen hombre Agustín. No debemos confiar en él.

Agustín – Lo sé. Pero la providencia lo ha puesto en mi camino por una razón muy clara. Él es la excusa que he estado esperando todos estos meses.

Obando - ¿Para la venganza?

Agustín – No, para iniciar una campaña que realmente sea importante dentro de esta guerra. Nuestro objetivo es ejecutar un plan de ataque para distraer la atención de las fuerzas que

marchan sobre el Perú y mostrar así nuestro respaldo al ejército español que todavía domina esa provincia.

Obando - ¿Y enfrentarte directamente con Bolívar? ¿Te das cuenta que ya no queda ningún oficial español que nos dé apoyo?

Agustín – Eso es precisamente lo que quiero. Un ejército de verdaderos hombres criollos, que quieran vencer a Bolívar en sus propios términos. Él es el enemigo que he buscado toda mi vida. Dios me ha hecho entender que mi destino es enfrentarme cara a cara con él. Además, ya no quiero derrotas por culpa de oficiales borrachos y lujuriosos que solo piensan en sus deseos carnales. Quiero ser dueño de mi destino y del destino de mi patria. Quiero ganarme el derecho a mirar a Dios a los ojos cuando muera...

Quiero que vengas conmigo. Un buen amigo es muy necesario en la batalla.

Obando – Tú sabes que te acompañaría pero mi pierna herida solo sería un estorbo. No te preocupes, me quedo en Pasto con bastantes hombres como para defender sus flancos. Vete con los favores de Dios y que Él te muestre tu destino.

Agustín – *(Se persigna)* Que así sea. Amén.

(Salen los dos)

CAPITULO IV

EL SITIO DE PASTO

(Un hombre vestido con el uniforme del ejército patriota lee una proclama. Bolívar está acostado en una hamaca)

Soldado – Su excelencia, acaba de llegar esta carta con noticias del General Sucre. Pido permiso para leerla.

Bolívar – *(Parte pedazos de mango con un cuchillo y se los lleva a la boca mientras escucha al soldado)*. Adelante.

Soldado – “Mi muy estimado general Bolívar, tengo las más gratas nuevas para S.E. Nos hemos tomado la ciudad de Pasto. Después de varios días de intensos combates por toda la región, el coronel Córdoba, a la cabeza del batallón *Bogotá*, arrolló el flanco derecho de los pastusos, mientras cargaba de frente el coronel Sandes con el *Rifles*. El valor de estos oficiales y el arrojo de sus tropas decidieron la jornada, poniendo a los rebeldes en completa fuga. La noche puso término a la persecución con un balance positivo en cuanto a dados de baja y a capturas. La fortuna ha querido que sea un 24 de diciembre el día que triunfemos sobre esta chuzma insolente. El faccioso Pasto que suponían tan abundante de medios, no tenía nada que valiera un comino, ya está aniquilado sin mucho empeño.”

Att.

General Antonio José de Sucre.

Bolívar – Gracias a Dios este día será la última vez que oigo mencionar el nombre de Pasto; desaparecerá del catalogo de los pueblos esa insurrecta ciudad llena de habitantes salvajes indignos de ser parte de Colombia. Podemos proseguir nuestro camino hacia el sur. Comuniqué mi orden soldado, levantamos el campamento, nos vamos para el Perú.

(Los dos hombres salen)

(Oscuridad. En el fondo solo se oyen los gritos. Llamadas de auxilio. Fogonazos de pólvora. Agualongo mira por la ventana la masacre que se comete afuera del convento en el que se refugia.)

Agustín - El terror ilumina la noche. El volcán Galeras es el único testigo que avergonzado de la saña con la que las tropas libertadoras atacan a los habitantes de la ciudad no gira su rostro con una mueca de dolor. Impasible y temerario el Galeras es un ejemplo de gallardía y dignidad...

Pero yo en cambio... yo no pude evitarlo. ¿Qué hacía yo peleando en el Chota cuando estos siniestros personajes acechaban mi hogar? Si fuera posible, tomaría en mi carne cada uno de los dolores y sufrimientos que ahora mismo padecen mis paisanos, y así los libraría de ellos.

Esas son simples palabras Agustín. Los pastusos estuvieron solos ante la barbarie y el dolor. El general Sucre dio vía libre a sus hombres para que hicieran su voluntad en la ciudad y tú volviste a sentirte impotente ante la vida. Las puertas de los domicilios se abrían con la explosión de los fusiles para matar al propietario, al padre, a la esposa, al hermano y hacerse dueño el brutal soldado de las propiedades, de las hijas, de las hermanas, de las esposas; hubo madre que en su despecho salió a la calle llevando a su hija de la mano para entregarla a un soldado blanco, antes que otro negro dispusiese de su inocencia; los templos llenos de depósitos y refugiados fueron también saqueados y asaltados. Sucre había desatado a sus perros y en tu cabeza te atormenta el pensamiento y la culpa por ser el que trajo esta desgracia a Pasto.

(Entra Obando)

Agustín – ¿Hay alguna noticia de mis hombres?

Obando – Ninguna. Dicen que los pocos que sobrevivieron están escondidos en chachagüí y sus alrededores, que no se atreven a salir por miedo a los soldados republicanos.

Agustín – Bien. Ahora hay que esperar. Pronto terminará la carnicería desatada por estos hombres sin Dios ni ley. En dos semanas, a lo sumo, tendremos un ejército. Y será el ejército que Dios forme para enfrentarse al demonio que nos roba la libertad. Sacaremos a los infieles invasores. Yo seré su guía de nuevo.

Obando – Te desconozco Agualongo. Tus palabras no son las de un hombre que habla con la razón. ¿Es que no ves que la ciudad arde? ¿Es que no ves que quieren destruirla por completo?

Agustín – No lo lograrán.

Obando – ¿Cómo puedes estar seguro de eso? Los pastusos están siendo exterminados, los soldados se portan como animales y muestran un odio hacia nosotros que raya con la locura. Hemos dejado solos a nuestra propia gente.

Agustín - No están solos. ¿No te das cuenta? Esto no es más que una prueba que el Dios de los ejércitos le pone a nuestro pueblo. Él quiere que salgamos de esta con la frente en alto. El nos ha elegido como su pueblo, pero antes tenemos que soportar la prueba.

Obando – *(Perdiendo la paciencia)* ¿Prueba de que?

Agustín – De fe.

Obando – *(Conteniéndose)* ¿De verdad crees que esto es una prueba de fe? ¿Quieres que hablemos de fe? Déjame contarte algo. Hace dos días se llevaron a los pocos muchachos pastusos que quedaban. Los sacaron de sus casas, se los arrancaron a sus madres de las manos. Sucre ordenó que los llevaran a Guayaquil como prisioneros. Pero su plan era otro...

...Cuando pasaron por los barrancos del río Guaitara, sus captores, ebrios y feroces, los amarraron en parejas; espalda con espalda y luego los tiraron abismo abajo. ¿Sabes cómo llamaron a esto los supuestos libertadores de América, los próceres de la patria? El matrimonio. “Porque solo la muerte podrá separarlos” decían entre carcajadas mientras oían a los cuerpos golpear las rocas y reventarse al tocar el río. Esos muchachos tenían fe en nosotros, tenían fe de que los protegeríamos, tenían fe de que la nuestra era una buena causa por la que luchar. Les fallamos y ahora, ahora dime Agustín ¿quieres hablarle de fe a sus madres?

Agustín – *(Después de un silencio. Muy calmado)* En verdad no entiendes. ¿Acaso no ves la mano de Dios en todo esto? Debemos responder ante él como sus siervos: aceptando su voluntad. La recompensa que nos ha prometido es inmensa.

Obando – *(Muy enojado)* Esta no es la voluntad de Dios. Es la tuya Agualongo. Tú trajiste la destrucción a esta tierra. Tu terquedad y tu arrebató de ser el elegido de Dios y de defender un estilo de vida que ya no es el nuestro son los responsables del holocausto que ocurre afuera de estos muros. Entrégate Agustín. Sacrificate por el bien de los demás. Dicen que si lo haces, Sucre ordenará el acuartelamiento de sus hombres.

Agustín – En verdad lo haría si estuviera en mis manos. Pero Dios...

Obando – *(Gritando)* ¡Dios nos ha abandonado!

(Agualongo saca la espada y arrincona a Obando con ella)

Agustín – ¡Jamás vuelvas a decir eso! ¡Jamás! Yo juré lealtad al rey Fernando VII y a Dios. Cumpliré ese juramento así tenga que sacrificar hasta la última alma sobre la tierra.

Obando – *(Liberándose de Agualongo)* Es inútil razonar contigo, ya no existe el buen juicio en tu corazón. No tenemos más opción que separar nuestros caminos como lo han hecho nuestras creencias. La próxima vez que nos veamos estaremos en bandos opuestos. Espero que reflexiones y que la historia no te muestre como el hombre que trajo la desgracia y la destrucción a estas tierras, sino como un hijo que cuidó de su madre patria y la protegió por encima de sus propios deseos y locuras. *(Sale)*

¿Locuras dijo? ¿Cómo se atreve? Tú no estás loco Agualongo. Simplemente defiendes una causa religiosa justa. Al menos eso es lo que quieres creer. Si logras tu cometido serás un santo varón y un mártir, un ejemplo para las generaciones venideras; pero si fallas y pierdes la guerra santa en la que te has metido, tan solo serás recordado como uno más de los fanáticos religiosos que defendían lo indefendible.

Agustín – Lo sé. *(Entra un soldado, es muy joven y viste como campesino)* Prepáralo todo, huiremos esta noche, nos reuniremos con nuestras tropas. *(Lo mira y se queda sorprendido)* ¿Cuántos años tienes guagüita?

Soldado – Doce, mi general.

Agustín – *(Afectado y sorprendido)* Es exactamente el tiempo que llevo metido en esta guerra. Es triste que en toda tu vida no hayas visto sino violencia, que los hombres que tenemos el poder no te hallamos permitido crecer como un niño, ser feliz. Pero te prometo que pronto acabaremos, volveremos a nuestra vida de antes y tú podrás volver a los juegos...

... Adelántate y dile a los hombres que pronto Sucre se irá de Pasto, que seguramente dejará a cargo al teniente Juan José Flores y que entonces será nuestra oportunidad de librarnos de la tiranía que ahora nos oprime. Que no se preocupen por las armas, que las

tomaremos del enemigo y la pólvora que la preparen las mujeres que nos ayudan. Diles que solo les pido valor, que Dios nos colmará de gloria. *(Sale el soldado)*

No tienes un buen ejército Agustín. Por eso te vuelves experto en el arte de las guerrillas. Los pocos habitantes que quedan vivos después de Sucre te brindan su apoyo porque creen en tus palabras, en tus promesas. En estos momentos de desasosiego necesitan a un caudillo que admirar, quieren un héroe a quien seguir. Sabiéndote en desventaja atacas al ejército extranjero que los domina con las únicas armas que poseen: palos y piedras. Ellos responden con sus armas de fuego. Los indios, los blancos, los mestizos pastusos luchan hombro a hombro para librarse de los déspotas que los oprimen. Al final, triunfas recuperando la ciudad que por varios meses permaneció en manos de negros y mulatos venezolanos, quienes odiaban de muerte a los pastusos. Pero, ese triunfo no es suficiente para ti, ¿no es así? no es suficiente librar a tu tierra de sus carceleros, se te metió en la cabeza que era tu deber recuperar todo el país para la corona española e iniciaste una campaña para marchar sobre Quito. Te lo reveló Dios en una de tus visiones.

CAPITULO V

BOLIVAR

(Con su mejor atuendo, el General Bolívar se dirige a la muchedumbre reunida en la plaza central de la ciudad de Quito)

Bolívar – ¡Quiteños! Recibid a nombre de la patria, la gratitud que se os debe por vuestro inflamado celo por la conservación de la sacrosanta Ley que ha fundado a Colombia. La libertad por la que tanto hemos luchado está cerca. Pero hoy debo decirles que las noticias que llegan de esa roñosa provincia de los pastos me han colmado la paciencia. Es hora de que pongamos fin de una vez por todas a la existencia de esa raza terca, tozuda indomable. Por eso he dado la orden de que el 6 de julio, cuatrocientos hombres del batallón Yaguachi y otros tantos reunidos entre Guayaquil y Quito partan, comandados bajo mi directas ordenes hacia el norte a enfrentar a ese ejército de bárbaros.

¡Quiteños! Reposad tranquilos. Héroes de Colombia están entre vosotros y su valor ningún poder visible puede resistir. Yo os ofrezco por mis compañeros de armas esta próxima victoria. *(Se oyen vivas y gritos. Sale)*

(Agualongo prisionero se levanta de su silla y se ubica en lo que parece ser un campamento improvisado de las tropas realistas. Agualongo se dirige a sus tropas de una forma muy animada)

Agustín – ¡Mis queridos soldados de la justa causa! El 8 de julio de 1823 salió de su tierra el ejército pastuso lleno de alegría, nos movilizamos unos trescientos hombres armados de fusiles y el resto con lanzas, machetes, espadas y garrotes. Cuando recorríamos Túquerres se adjuntaron voluntarios de Guaitarilla, Yascual, Guachavés y Sapuyes y aún en el camino asomaban hombres con su escopeta para ingresar al ejército... A quienes les estoy muy agradecido por dejar a un lado su tranquilidad y adherirse a nuestra empresa.

... La buena noticia es que cuando llegamos a Tulcán, ya contábamos con mil quinientos milicianos llenos de voluntad y disciplina. *(Se oyen aplausos y vivas)*

Hoy doce de julio, hemos alcanzado las muy bellas y verdes como las esmeraldas faldas del monte Imbabura. Aquí empezaremos a planear nuestra entrada triunfal a Quito aprovechando que Bolívar, seguramente, estaba entrando ya por esas fechas a Perú. ¡Mis queridos guerreros! No duden ni por un segundo en nuestra victoria sobre las huestes francmasonas. ¡Viva el Rey! ¡Viva la grandiosa religión Católica! ¡Viva Pasto carajo! *(Las vivas y los gritos se oyen más fuerte aún, se van desvaneciendo para mostrarnos a un hombre que parece muy feliz y que le habla directamente al público)*

Bolívar – Los empedernidos guerrilleros pastusos, curtidos en largos años de vivaquear y guerrear desde el Carchi hasta el Patía, tienen a su favor la exclusiva destreza de correr por riscos y pendientes, con pie firme sin dar un resbalón, de esguazar ríos y torrentes, de tal manera que el más poderoso caballo y la mula más fuerte no son capaces de seguirlos en la marcha. Es prácticamente imposible que tropas regulares puedan obtener ventajas sobre ellos. Quiso la divina providencia que la solución a este problema me llegara a la hora del almuerzo. Yo había pedido la última botella de vino que quedaba en mi bodega y que mi mayordomo puso en mi mesa. El vino era bueno y espirituoso; varias copitas que tomé me alegraron y entusiasmaron de tal modo que, al momento concebí el proyecto de batir y desalojar al enemigo: lo que antes me había parecido imposible y muy peligroso se me presentaba ahora fácil y sin peligro. En mi mente empecé el combate, dirigí yo mismo los varios movimientos y se ganó la acción. Antes de almorzar, estaba de muy mal humor, la divina botella de madera me alegró y me hizo ganar una victoria. Mañana mismo salimos a derrotar a esos bandidos. *(Se levanta, llevándose la botella.)*

¿Hablabas en serio cuando les prometiste a esos pobres campesinos que iban a ganar la batalla? En Ibarra la hecatombe fue terrible, vencieron los veteranos de tres lustros a los descuidados realistas y con una crueldad y una

saña pocas veces vista. Los apóstoles de la libertad, de la fraternidad y de la igualdad degollaron a centenares de hermanos suyos que no habían cometido más delito que haberse conservado leales al juramento de fidelidad que habían prestado y haber defendido su libertad y sus hogares con un valor apenas concebible. El mismo libertador hizo parte de la persecución hasta altas horas de la noche. Tienes que reconocer que era un genio militar y te sobrepasó en la táctica.

(Es de noche en un rincón boscoso. Tres hombres tratan desesperadamente de esconderse de sus perseguidores.)

Soldado 1 – Señor, no podemos parar ahora. Están muy cerca y nos pueden atrapar en cualquier momento.

Agustín – No es tiempo de huir. Debemos reagrupar al ejército y atacar a Bolívar ahora que están dispersos.

Soldado 2 – Ya no hay ejército señor. Los patriotas nos aniquilaron, nos tomaron por sorpresa y ni siquiera teníamos armas. Nuestros hombres al verse sobrepasados por la caballería y con el mayor de los desesperos se agarraban de los cuellos de los caballos con sus propias manos para derribarlos mientras las lanzas atravesaban sus cuerpos.

Agustín – *(Exaltado)* Esto no es más que un contratiempo. Nos levantaremos y volveremos a la carga.

Soldado 1 – Abajo señor, se oyen soldados enemigos acercándose.

(Entra Bolívar con un pequeño grupo de sus soldados.)

Bolívar – Divídanse y busquen sobrevivientes. No deben estar lejos. *(Se queda solo y guarda su espada, después de limpiar la sangre que todavía gotea fresca)* Sé que estás aquí. No es necesario que te escondas de mí. He seguido tu rastro desde hace varias horas. Puedes salir. Me gustaría hablar contigo. *(Agualongo sale de entre los matorrales con la espada desenvainada y una actitud altiva)* Así que tú eres el muy famoso general Agualongo, el centauro del Galeras...

... Te seguí porque quiero preguntarte algo. ¿Por qué lo haces? ¿Por qué sigues levantándote contra mí y contra lo que quiero para este continente?

Agustín – Hice un juramento de lealtad al Rey.

Bolívar – ¿Eso es todo?

Agustín – Eso lo es todo para mí y mi gente. España sembró en nosotros su espíritu acerado y ardiente. Somos la última presencia de España en América.

Bolívar – ¿De verdad no buscas nada más?

Agustín – Dios me ha dicho que su eminencia es el más grande oponente con el que voy a enfrentarme en la vida.

Bolívar – Entonces quieres un duelo conmigo. *(Sonríe complacido)* Está bien, vamos a ver si, como dicen, no eres más que un indómito montés al que hay que aplastar como a una cucaracha.

(Se enfrentan con gran destreza y sus habilidades son parejas en el arte de la espada. El diálogo continúa mientras combaten.)

Bolívar – Después de la batalla de hoy tengo dos opciones y quiero, como hombre inteligente que eres, que me ayudes a tomar una decisión...

... Sé que hasta el último habitante de Pasto seguirá levantándose en contra de la libertad que yo ofrezco, una y otra vez; así es que, o doy una amnistía general, los perdono a todos y los dejo vivir a su voluntad, o desaparezco totalmente todo rastro de su ciudad y su raza. Es una gran responsabilidad. ¿Qué debo hacer Agualongo?

Agustín – Sea lo que sea que vuestra merced decida para nosotros, seguiremos peleando hasta el final. No aceptaremos nunca un gobierno impuesto por extraños. Si es libertad lo que usted ofrece, si su eminencia se hace llamar el libertador, ¿por qué no nos da la libertad de escoger nuestra forma de vida? No queremos pertenecer a eso que llama Colombia. Queremos seguir siendo una provincia de la madre patria, queremos conservar nuestras costumbres, nuestra religión, nuestra cultura. Esa es la libertad que queremos. Si usted nos la permite, nunca más nos levantaremos en armas. Sólo queremos vivir en paz.

Bolívar – Ambos somos hombres de guerra y sabemos que esa es una opción que no puedo tomar. Ustedes son los únicos enemigos que le quedan a Colombia y por mucha confianza que les inspiren sus rocas y despeñaderos, al fin debemos triunfar porque somos más y tenemos infinitos recursos. ¿Qué ganan ustedes al morir peleando o andar huyendo por las montañas? ¿Mejorarán por eso su causa y harán feliz a su país? ¿Les dará recompensas el rey de España? Pasto debe aprender, a las buenas o a las malas, que la libertad también se impone. Y al final le impondré la libertad que generosamente le ofrezco a este continente.

(Agualongo detiene el combate y declina su espada)

Agustín – Se lo pido de nuevo su eminencia, reconsidérelo. De otro modo sólo resentimientos nos quedarán de estos acontecimientos. Tendremos que levantarnos solos, sintiendo el odio y el desprecio con el que nos miran las demás regiones por haber defendido nuestras creencias. Nos aislarán, arrinconarán, desdeñarán por habernos atrevido a pensar diferente. Y tendrán

razón. Porque nunca en nuestros corazones seremos colombianos, siempre vamos a hacer parte de la corona española.

Bolívar – *(Envainando su espada)* Como bestias indómitas serán tratados entonces. Voy a decirte las medidas que tomaré con tu desdeñable provincia: Se destruirán a todos los bandidos que se han levantado contra la república. Se expulsará a todos los hombres de la región, los que no se presenten serán fusilados. No quedarán en Pasto más que las familias mártires de la libertad. Las propiedades privadas de los pueblos rebeldes serán aplicadas al beneficio del ejército y del erario nacional. Este será el comienzo y el final de una verdadera pacificación de Pasto...

... Y a ti voy a dejarte vivir, voy a permitir que huyas, porque mereces ver con tus propios ojos como mi voluntad es capaz de doblegar la tenacidad de un pueblo entero. Corre Agualongo.

(Bolívar sale acompañado de los demás soldados)

CAPITULO V

FINAL

(En la prisión de Popayán, donde Agualongo espera su hora final, es interrogado por última vez.)

Agustín – Las palabras de ese hombre y la intransigencia con las que las pronunció me hicieron darme cuenta de que todo el tiempo había estado equivocado. Que como él, yo era un hombre perdido en sus propios deseos y caprichos y que como él, había arrastrado a mucha gente conmigo. Entonces decidí lo que único que podía hacer era tratar de salvar lo poco que quedaba de Pasto. Me puse en contacto con facciones rebeldes de Perú y convinimos en encontrarnos en Esmeraldas para unir fuerzas. Yo ya no pretendía nada más que la defensa de mi ciudad. Seguimos hacia Barbacoas para luego entrar por Tumaco al océano pacífico y bajar hacia la ciudad costera. Faltaba un clavo para mi ataúd: El coronel Tomás Cipriano de Mosquera.

Obando – Perdiste lo poco que te quedaba en esa ridícula batalla. Pero no te fuiste con las manos vacías. Mosquera perdió la mandíbula inferior por un foganazo. Dicen que se lo pegó un hombre de su propia guardia personal que creía en tus ideales. ¿Sabes algo de eso?

Agustín – No, nada... No tengo ninguna memoria de ese combate...

... Nunca pensé verte vistiendo ese uniforme. Y fue una gran sorpresa que fueras precisamente tú quien me estuviera esperando en Barbacoas para hacerme prisionero. Supongo que me conoces bien y por eso te dieron esa misión. También me han dicho que perseguiste ferozmente a los pocos hombres que me quedaban, no les diste tregua y los asesinaste a todos.

Obando – Algunas veces hay que hacer lo que sea para sobrevivir Agualongo. Eso es algo que tú nunca aprendiste.

Agustín – Es cierto. Pero en esta hora en la que me veo despojado de todo, nada de eso importa. Enfrentaré el pelotón de fusilamiento y dejaré que la posteridad hable lo que quiera de mí.

Obando – ¿Te arrepientes de algo Agustín?

Agustín – *(Lo piensa por un largo rato en silencio)* De haber sobrevivido a tantos años de guerra.

Hace algún tiempo conocí a un niño soldado que mientras debía estar jugando con sus hermanos, empuñaba un arma siguiéndome a mí. Murió un tiempo después. No es justo que mi vida haya sido más larga que la de él. Él merecía la vida más que yo. Debí haber sido capaz de darle un mundo de paz y no este infierno que desató.

Obando – ¿Tienes crímenes que confesar?

Agustín – A pesar de todo lo hecho, no me considero un criminal porque hice la guerra sosteniendo la causa de mis convicciones. No soy traidor al gobierno republicano porque nunca lo reconocí ni juré por él. Reconozco mi derrota, ya no soy un enemigo peligroso para el estado y sin embargo, me fusilarán. Sé y entiendo que mi sacrificio es una necesidad política y no militar.

Obando – *(Con algo de desespero)* Voy a hablar con mis superiores, tal vez puedan hacer algo para evitar esto...

Agustín – No te preocupes, lo que tiene que pasar, pasará. Me alegra que estés aquí conmigo, porque a pesar de todo nunca dejé de considerarte mi amigo. *(Se dan un abrazo fraternal. Obando sale)*

En pocos minutos vendrán a llevarte y todo habrá terminado.

Agustín – Nunca tuve la oportunidad de agradecerle todo lo que hizo por mí, padre.

(De la oscuridad aparece la figura del sacerdote jesuita que acompañó a Agualongo en su infancia. Él es la voz que se escuchó todo el tiempo.)

Padre – Está bien Agustín. No tienes que decir nada.

Agustín – Tengo mucho que decir, pero ya no tengo tiempo. Me habría gustado tener una vida al lado de una familia, trabajando en mi taller de pintura, rodeado de hijos. Pero todo eso lo sacrifiqué por Él...

... Después de todo lo que he hecho por Dios, solo espero que me de la fortaleza para enfrentarme a la muerte sin claudicar, sin arrepentimientos, sin elogiar a nadie, sin esperar la clemencia de nadie.

Padre – Ya no pienses en nada. Yo estaré a tu lado a todo momento. Busca la paz contigo mismo.

Agustín – *(Entran dos guardias que levantan a Agualongo y se lo llevan lentamente hacia la salida)* Padre, usted que ha estado con él, usted que ha visto a Dios... dígame que puedo esperar... ¿El paraíso prometido? ¿La felicidad eterna? ¿Qué hay más allá del pelotón de fusilamiento? ¿Qué me espera?

Padre - Nada hijo... nada.

(Salen)

TELON.